

Ética para Amador

Difícil es decir que *Ética para Amador* es un libro mediante el cual Fernando Savater desee llenar al lector de datos, autores, y reglas de la vida que en poco se olvidan. Mucho más adecuado me resulta definirlo como una charla dividida en nueve capítulos que mantiene con su hijo Amador, a quien únicamente pretende transmitirle el arte de vivir la buena vida, el secreto de saber elegir el bien y el mal, eso que él llama ética y libertad. Planteando muchas preguntas intenta llegar al fondo de ellas sin que eso implique dar una respuesta concreta o un recetario exacto de cómo es que se debe vivir, pues su intención es sólo la de dar las herramientas necesarias para que cada individuo, con su propio criterio e inteligencia, logre decidir el camino por el cual conducirá su vida.

Capítulo I: De qué va la ética

De entre todas las cosas que pueden formar nuestro saber, existen unas básicas como lo es el saber qué cosas son convenientes o buenas y cuáles inconvenientes o malas. Cuando se presentan ambigüedades, es que comienzan las dificultades del saber vivir y entra en juego la libertad. Los animales, por estar programados por la naturaleza, conocen una sola forma de comportamiento para cada situación. Los seres humanos, aunque en cierta medida estamos también programados por fidelidades que nos son inculcadas desde la cuna, somos seres imprevisibles, pues tenemos una serie de alternativas en nuestro proceder que aunque en ocasiones resulten raras, muy pocas veces son imposibles. La libertad nos permite elegir, inventar e incluso equivocarnos. Dos importantes aclaraciones al respecto es que no somos libres de elegir lo que nos pasa, sino de responder a ello de un modo u otro; y que el ser libres para intentar algo no tiene relación alguna con lograrlo, pues en ocasiones mezclamos libertad con omnipotencia y es entonces que intentamos elegir dentro de lo imposible. Lo importante es encontrar nuestro propio arte de vivir que nos permita acertar, y eso es la ética.

Capítulo II: Órdenes, costumbres y caprichos

Un *motivo* es la explicación propia más aceptable acerca de tu conducta. Dentro de los motivos existen las órdenes, las costumbres y los caprichos, que no hacen más que inclinar la conducta y preferencias. Las órdenes y las costumbres, cuya fuerza es el miedo y la comodidad respectivamente, son impuestas por factores externos, mientras que los caprichos surgen del interior de cada quien. Respecto a las primeras es recomendable establecer hasta qué punto pueden ser obedecidas y de las segundas, saber que sirven exclusivamente para aspectos de rutina.

Capítulo III: Haz lo que quieras

La libertad no es sólo decidir sino darse cuenta qué se está decidiendo. Por ello sólo es válida cuando se ha pensado dos veces: con la primera se descubre el motivo y con la segunda se cuestiona el mismo. Nunca una acción es buena sólo por ser una orden, una costumbre o un capricho. A veces con eso basta, pero casi siempre se necesita del razonamiento para determinar si es o no conveniente algo. Todo esto forma parte de inventar nuestra propia vida y no vivir de acuerdo a lo que los otros inventan por nosotros. Moral son aquellas reglas o normas que consideramos válidas, mientras que la ética se encarga de cuestionar por qué lo son. Hay cosas buenas y malas que nada tiene que ver con la moral y de las cuales conocemos concretamente su utilidad; tratándose de seres humanos, sin embargo, resulta difícil esta clasificación, pues ignoramos para qué sirven. Lo único que se sabe es que la ética se basa en una frase: Haz lo que quieras.

Capítulo IV: Date la buena vida

Haz lo que quieras es abandonar lo que nos rige desde el exterior y enfocarse a lo que la propia voluntad

reclama desde el fuero interno. La misma contradicción que hay en Haz lo que quieras (que así como abre una infinita gama de posibilidades puede reducirla a una elección entre dos), se presenta en la libertad, pues no somos libres de elegirla o no, sino que estamos condenados a la libertad, como afirmó Jean-Paul Sartre. Para no reducir la frase a un simple capricho, es importante establecer prioridades entre los deseos repentinos y aquellos a largo plazo. La ética es alcanzar la buena vida humana, que es la que incluye relaciones con otros seres humanos, no a costa de ellos. Todos tenemos una realidad biológica pero, para llegar a ser hombres, se necesita de otros que fundamenten nuestra realidad cultural mediante enseñanzas. La base de nuestra cultura es el lenguaje, por lo que hablar y escuchar a alguien, es tratarlo como persona. Es un proceso recíproco igual que la humanización, pues darse la buena vida es al final igual que dar la buena vida.

Capítulo V: Despierta baby!

No tener perspectiva de conjunto es simplificar, el dinero e incluso la muerte es simplificar. La vida en cambio es complejidad y complicaciones. Lo que poseemos nos posee y pasamos la vida creyendo que atesorar cosas es vivir, y no reparamos en pensar que de las cosas sólo salen cosas. Como humanos necesitamos una complicidad fundamental que sólo se da entre iguales. Las traiciones y los abusos se dan, pero convertir a los demás en cosas es la forma incorrecta de defender el derecho propio a no ser tratado como tal. Ya que ninguna buena vida puede ser sin cosas, es básica la atención, es decir, la reflexión acerca del sentido de esa buena vida. Como condición ética principal está no tomar la certeza de la muerte como un pretexto para vivir de cualquier modo, sino intentar comprender a cada momento de qué está tratando la vida y cómo se la hace buena para uno, no para los demás, pues nadie puede ser libre por ti.

Capítulo VI: Aparece Pepito Grillo

Imbécil es aquél cuyo carácter es débil, y nuestra obligación es evitar serlo. Hay quienes creen que no quieren nada y todo les da igual, otros que lo quieren todo a la vez y caen en propias contradicciones, otros que no saben lo que quieren ni intentan averiguarlo, algunos tienen una voluntad muy débil o, en el caso contrario, muy fuerte y no distinguen la irrealidad. Si se es imbécil, se necesita de fuerzas exteriores en que apoyarse y con dificultad se llega a la buena vida. Lo contrario de ser imbécil es tener conciencia, para lo cual se requiere de cualidades innatas. Después del mínimo de condiciones sociales y económicas adecuadas, la conciencia depende de la atención y esfuerzo de cada individuo. Debe haber interés por vivir humanamente bien, concordancia entre actos y deseos, desarrollar el gusto moral y enfrentar la responsabilidad. Un auténtico egoísta es quien quiere y busca lo mejor para sí mismo. Aquél que se rodea de lo que le sienta mal es un imbécil que deseaba ser egoísta. La culpa y la responsabilidad también se relacionan con la conciencia, pero lo peor es el remordimiento que es el descontento con nosotros mismos por emplear la libertad en contra de nuestros deseos. Ser responsable es saberse libre para bien o para mal y estar dispuesto a responder por los actos; actuar sin órdenes superiores con un fin de construirse, transformarse e inventarse a sí mismo. Como la decisión de vivir bien es personal, lo ideal sería que se volviera un tipo de vicio.

Capítulo VII: Ponte en su lugar

La ética habla de cómo vivir bien entre humanos. Sin embargo hay criterios distintos acerca de lo aceptable y lo inaceptable. Lo cierto es que lo conveniente es aquello sin lo cual se vive, mas no humanamente. Incluso quien comete cualquier fechoría sigue siendo humano pues cuenta con la posibilidad de transformarse. Una característica del ser humano es la imitación, por lo que el ejemplo que se le da a los semejantes es básico. Muchos malos lo son porque son desgraciados, están solos, temerosos y son ignorantes. Lo más valioso que obtenemos de nuestros semejantes es la posibilidad de tener la complicidad y afecto de más seres libres, es la forma en que la propia humanidad se refuerza. La libertad no sirve a nada ni nadie, se contagia. Al perjudicar al prójimo el más perjudicado es al final uno mismo. Tratar a las personas humanamente es saber ponerse en su lugar; ser conciente que, pese a las diferencias que entre todos existen, siempre se está de algún modo dentro de los semejantes; o reconocer sus derechos y razones para considerarle igual de real y serio como uno mismo. Los propios intereses no son malos, pero sí relativos; el único absoluto es el de ser humano entre los

humanos que conduce a la buena vida. La clave de todo es sentir simpatía y lograr ponerse en el lugar del otro es un arte; se requiere de objetividad para ver las cosas a su manera sin ocupar su sitio, pero principalmente se necesita un conocimiento de la justicia. La virtud de la justicia es la habilidad y el esfuerzo para saber lo que nuestros semejantes esperan de nosotros, y esto no se logra obedeciendo leyes que establecen sólo el mínimo de esto, sino amando un poco a cada persona como cosa indispensable para vivir bien.

Capítulo VIII: Tanto gusto

Existe una gran censura sobre todo lo que implica placer corporal y no reparamos en pensar que sin su satisfacción no hay vida buena. Disfrutar nunca será malo mientras no dañe a nadie, es lo que nos aleja de ser animales; el sexo con fines únicos de procreación es por el contrario lo que nos aleja de lo humano. Hay quienes temen al placer porque les gusta demasiado y distrae. Otros disfrutan no dejando disfrutar, ellos son calumniadores o incluso puritanos, para quienes lo bueno es lo que nos disgusta hacer y sufrir es más meritorio que gozar, lo que en realidad nada tiene de moral o ético. Usar los placeres es tener un control sobre ellos que impida que se mezclen con otros aspectos de la vida personal y así se nos enriquecemos. Sin embargo su carácter excluyente puede conducir a un empobrecimiento debido a la pérdida de interés en cualquier otra cosa. El placer que mata no es placer, sino un castigo. La templanza es el arte de poner el placer al servicio de la alegría, que acepta vida y muerte, placer y dolor. Quienes optan por su contrario, la abstinencia, desconfían de todo lo que les gusta. El placer más triste es la culpa; considerar algo más que placer como un crimen es reclamar un castigo. Es falso creer que siempre se goza a costa de otros, el interés y la ayuda que se les brinde va por otro camino distinto al disfrutar propio.

Capítulo IX: Elecciones generales

Nunca se piensa en la política como algo ético, pues en la mayoría de los casos quienes la ejercen piensan en reprender al vecino antes de mejorarse a sí mismos. Se les atribuyen frecuentemente poderes sobrehumanos que conducen a la decepción de quienes los han elegido. Sin embargo, en cuanto a su finalidad, la ética y la política están muy relacionadas, ya que el objetivo de la política es organizar la convivencia social para permitir que, con la ética, cada individuo elija lo que más le conviene. En cuanto a diferencias, podría decirse que la ética se ocupa de lo que cada cual hace con su libertad, mientras que la política coordina cómo muchos manejan la misma. Para la ética es importante querer bien, para la política cuentan los resultados, nunca los medios. La ética no puede esperar a la política y por ello en ningún orden político, por malo que sea, habrá quienes ya no puedan ser buenos. En un estado utópico, todos serían automáticamente buenos porque las circunstancias impedirían la presencia del mal. La buena vida incluye, pues, un proyecto político basado en la libertad, la justicia y la asistencia en el que la dignidad de los individuos sea respetada. Los derechos humanos son las exigencias mínimas que debe cumplir la sociedad política. Ya que muchos problemas hoy pueden ser resueltos a nivel global, la fragmentación política entorpece el proceso. El mantener la Tierra habitable es tarea de los hombres como comunidad mundial, para lo cual se requiere tolerancia y la eliminación de ideologías fanáticas.

Epílogo: Tendrás que pensártelo

El libro trata de lo que se puede hacer con la vida, de su sentido que es procurar no fallar o fallar sin desfallecer, de comprender que vivir es un arte, no una ciencia y por ello la buena vida es a la medida de cada quien. Debemos elegir siempre lo que nos abra a más opciones y nunca perder la confianza.

Apéndice: Diez años después: Ante el nuevo milenio

La entrada del nuevo milenio poca influencia tiene sobre la ética o nuestras vidas. No son las fechas quienes hacen significativos los acontecimientos, sino los sucesos los que nos hacen recordar una fecha. Lo que sí se debe tener presente es que hay que aplicar los principios éticos de acuerdo al momento histórico que se vive. Adecuado a la actualidad, esto sería que, de sus tres existencias (como individuo, como sociedad y como

especie), el ser humano debe reforzar su conciencia de que somos todos miembros de una especie que como conjunto debe intentar salvarse. Como humanos, nunca llegaremos a entendernos a nosotros mismos si nos desentendemos de nuestros semejantes, y no basta con respetar al prójimo si no se acepta al diferente, si no se controlan los instintos gregarios, pues todos nos parecemos en lo esencial. La ética es respetar las leyes no escritas de la hospitalidad, que es a la vez recibir al extraño y ser recibido en casa ajena. Nuestra casa como especie es la Tierra, y es ésta la que debemos cuidar y respetar.

Desde el núcleo más pequeño, es decir, como individuos, hasta el más extenso que abarca a toda la especie humana, la ética es básica para vivir bien y crear un ambiente de armonía y respeto a nuestro alrededor. La libertad, para bien o para mal, es algo tan sencillo como haz lo que quieras, pero no tanto lo es su aplicación, pues en ocasiones olvidamos que ante cada decisión libre existe una responsabilidad de enfrentar las consecuencias. Probablemente porque aún no conocemos lo que es la dignidad, porque no hemos entendido que todos somos en lo esencial semejantes y tenemos el derecho de ser tratados por personas como personas, es que vivimos todavía en épocas de guerras, maltratos y diferencias. Nunca dejaremos de ser individuos, aún si asumiéramos un poco nuestra naturaleza como miembros de una especie e hiciéramos algo por actuar como una unidad que quiere rescatar su hábitat. La ética nos abre las puertas a la libertad, su objetivo finalmente no es otro que el de vivir la buena vida, pero lo que aún nos cuesta trabajo entender es que esa buena vida no existe con una conciencia intranquila, producto de una libertad mal usada. La plenitud en todos los aspectos (físico, mental, social e incluso económico) es lo que debemos tener como meta para vivir bien y no hacer a nuestra felicidad dependiente de las posesiones materiales, pues en ese caso estaríamos completamente dominados y merced de las ataduras de objetos. En realidad la libertad, la ética, la responsabilidad, son conceptos alrededor de los cuales se ha creado una gran nube de dudas y cuestionamientos y que, sin embargo, son sumamente básicos y sencillos de exponer, mas no tanto de aplicar correctamente. Debemos comprenderlos, intentar aplicarlos para experimentar los beneficios que ofrece una buena vida y entonces aceptarlos y asimilarlos como elemento básico de nuestra existencia. Finalmente no debería ser tarea difícil... sólo se trata de vivir bien.

Fernando Sabater, *Ética para Amador*, pag. 53

IBID pag. 81

IBID pag. 88

IBID pag. 139

IBID pag. 156